

Un Domingo en Berlín Oriental¹

Por Kendrick Strong
(De "The Christian Century, 2 de diciembre de 1964.)

A las ocho de la mañana, un domingo del pasado mes de julio, Karl Rest, colega en el ministerio de la Iglesia Unida de Cristo, y yo, compramos billetes de ida y vuelta (diez centavos de dólar) en la estación del Zoo, en Berlín Occidental, subimos las escaleras y tomamos un tren elevado con destino a la estación de Friedrichstrasse en Berlín Oriental. En seguida del edificio del Reichstag, que está siendo reparado, pasamos sobre la Muralla que, al correr a lo largo del río Spree se convierte en un enredo de alambre de púas atados a trampas antitanques, de acero, en forma de X. Luego pasamos por una zona desolada «de edificios en ruinas y grandes extensiones abiertas cubiertas de malezas y patrulladas por guardias; como es obvio, para entrar en esa tierra de nadie se necesita un permiso especial. Pero al acercarnos a la estación vimos evidencias de habitación, y en las amplias calles vacías aparecieron uno que otro peatón en ropas corrientes y algunos automóviles de fabricación rusa.

Nos apeamos en la herrumbrosa y lúgubre estación bajo la mirada vigilante de los Vopos armados de carabina, y nos dirigimos al centro de control para extranjeros. Allí pasamos por cuatro puntos de revisión a fin de declarar a qué íbamos, entregar nuestros pasaportes, hacer declaración del dinero y artículos (llevábamos café por valor de diez dólares), registrar nuestras cámaras fotográficas, recibir un pase y, finalmente, recoger nuestros pasaportes. Al salir del centro de control encontramos a nuestros anfitriones para ese día, un pastor y su esposa, miembros de la Iglesia Evangélica de la Unión. Con ellos subimos a un destartalado ómnibus de dos pisos y fuimos hasta la iglesia que íbamos a visitar.

El templo, como muchos otros en ambos lados de Berlín, había sido muy dañado por los bombardeos durante la guerra y sólo restaurado recientemente. Cuando nos dirigíamos hacia él desde la parada del ómnibus, comenzaron a repicar como locas las campanas de la torre. Durante cinco minutos estuvieron repicando como para recordar a los 25.000 habitantes de la zona que sirve la iglesia que estaba por comenzar un servicio cristiano. El pastor notó nuestro asombro y dijo:

"Sí, podemos tocar las campanas. En realidad, puede que nuestra situación sea diferente de la que ustedes los americanos han llegado a creer. No es exacto decir que somos una iglesia perseguida. No se hacen esfuerzos para eliminarnos brutalmente." (Más tarde otro pastor confirmó esta apreciación: "¡Nuestros problemas son pequeños en comparación con lo que hubieran sido si Hitler hubiera ganado!" Y se comentó que si bien durante los últimos 20 años unas 350 personas de las iglesias, entre pastores y laicos, han sido encarceladas por ambiguas acusaciones de "actividad política", y algunas han muerto, en la actualidad no hay ninguna en la cárcel.)

¹ Publicado originalmente en: **"EL PREDICADOR EVANGELICO"**, Vol. XXII, Julio – Sept. 1964, Nro. 85, pp. 274 – 280.

I

El culto de las 10 de la mañana fue dirigido a la manera de la tradición reformada, en forma digna pero personal. Debido a que esa semana habían comenzado las vacaciones escolares, la asistencia fue escasa tanto en el culto regular como en el culto para niños —parecido a una escuela dominical a la antigua— que siguió. Extrañamos el coro y la orquesta que habían enriquecido los cultos a que habíamos asistido en Heidelberg, Bonn y Barmen. La organista daba la nota para las respuestas de la liturgia con una clara voz de soprano que resonaba en la alta bóveda. Hacia el final de la hora, Karl Rest dio los saludos de la Iglesia Unida de Cristo. Después de la doble bendición, el pastor conectó un interruptor para echar nuevamente las campanas a vuelo, y los tres despedimos a la gente a la salida. Recibimos tímidos pero genuinos saludos — y notamos que ninguno de los feligreses se detuvo en la entrada... Varios miembros de la junta oficial fueron con nosotros hasta el departamento pastoral, en un edificio cuyos balcones y revestimiento de piedra habían sido removidos por peligrosos después de los bombardeos, dejando grandes cicatrices de ladrillo a la vista. Los laicos se sentaron con nosotros y procedieron a explicarnos lo que ellos consideraban la estrategia del gobierno de Alemania Oriental en su oposición a la Iglesia cristiana. La política no es la persecución directa; la premisa mayor es que una presión tranquila y continuada a la larga privará a la iglesia de su fuente básica de fortaleza: las personas fieles y consagradas entregadas al Espíritu Santo. De este modo la iglesia será finalmente sometida o morirá. "Hemos estado bajo la presión estatal durante los últimos treinta y dos años", nos recordó un anciano de la iglesia. "La mayoría de nosotros no podemos recordar una época en que la iglesia no haya estado sujeta a un esfuerzo de lento estrangulamiento. Esto es más difícil de afrontar que la persecución franca." Nos dijeron que de los 600.000 protestantes que había en Berlín oriental, 400.000 se han declarado públicamente desvinculados de la iglesia, pero la mayor parte de ese éxodo tuvo lugar bajo el régimen nazi más bien que el comunista.

II

Después de un almuerzo modesto pero abundante servido por la familia del pastor, salimos a caminar por la ciudad. Fuimos primero a un gran parque creado amontonando los escombros de una zona muy bombardeada, en dos grandes montones, el mayor de ochenta metros de alto, y cubriéndolos con tierra, árboles y arbustos — un bienvenido oasis en la ciudad chata y fea. El césped alrededor de una gran piscina de natación estaba cubierto por numerosos jóvenes adoradores del sol....

Mientras caminábamos por las calles el pastor y sus laicos nos hablaban de la situación de la iglesia, citando factores tanto favorables como contrarios. Descubrimos así que rara vez ha sido clausurada una iglesia o derribado un templo si sus dirigentes se opusieron. Pero sólo se renuevan los permisos de aquellas iglesias que pueden llegar a ser monumentos públicos, y no se puede construir ninguna nueva iglesia, casa parroquial o pastoral — ni aun en los nuevos barrios en que no existe ninguna. Existe una ley de descanso dominical, y hay más feriados religiosos que en los Estados Unidos. El gobierno propala por radio un servicio religioso completo los domingos por la mañana. Pero hay factores adversos. Para empezar, el partido comunista programa sus actividades más atractivas los domingos por la mañana y los feriados. Los

sermones son frecuentemente controlados por agentes del gobierno. Aunque la iglesia puede tener sus publicaciones, éstas están sujetas a censura, como lo están todos los programas de radio. Puede haber capellanes en cárceles y hospitales, pero sólo pueden visitar a los individuos a su pedido.

Al parecer la presión marxista se ejerce más fuertemente sobre el individuo, instándolo a someterse. Por ejemplo, si un ciudadano deja de votar porque siente que las elecciones se han convertido en una falsificación de la democracia, es probable que se encuentre con un camión con altoparlantes en frente de su casa, vociferando: "¡Este hombre no votó hoy!" Si no concurre a los grupos de discusión organizados por el partido en su lugar de empleo para promover algún proyecto de ley, se encuentra sancionado — y lo mismo ocurre si va a las reuniones y no toma parte en la discusión o expresa opiniones contrarias a las propuestas presentadas.

Aunque las iglesias tienen libertad para ofrecer instrucción religiosa a los estudiantes, en horas libres, y dirigir campamentos bíblicos y clases de confirmación, se desalienta la participación de los jóvenes en tales actividades, y el estado organiza ceremonias civiles para reemplazar al bautismo, la confirmación y el matrimonio. Se estimula a los maestros de escuela a que presenten a la iglesia como fanática, supersticiosa y anti intelectual. Se advierte a los jóvenes que deben participar en el programa juvenil de dedicación (Jugend-wiche), patrocinado por el estado, si quieren ser admitidos en las instituciones de instrucción superior. Ciertas ocupaciones, —por ejemplo, la enseñanza y la carrera militar— están fuera del alcance de los cristianos. A fin de poder ser nombrado en puestos del servicio civil, por lo general es necesario renunciar a toda conexión con la iglesia. Sin embargo, hay una cantidad de cristianos en puestos elevados del gobierno, y todavía se permite funcionar al partido Demócrata Cristiano.

Mediada la tarde, nuestros anfitriones nos llevaron a un jardín retirado, donde a la sombra de unos cerezos, nos reunimos con miembros del presbiterio y sus esposas para tomar café con tortas y jugo de grosella fresco, y conversar. El jardín estaba en un rincón retirado de la ciudad; durante las dos horas que permanecimos allí sólo pasó un automóvil por la calle. Nosotros escuchábamos, mientras aquel grupo de fieles referían cómo es posible aquí y allá, resistir —y quizá neutralizar— las presiones del gobierno.

Puesto que la constitución de la República Democrática Alemana garantiza la libertad religiosa, hay bases legales, nos dijeron, sobre las cuales la iglesia puede objetar la violación de sus derechos. La iglesia ha aprendido que lo que no defiende activamente, lo pierde. A pesar de ocasionales esfuerzos para mantener a los pastores en línea, desde los pulpitos se oye mucha predicación consagrada e inteligente. Un pastor insistió en que sus colegas critican más abiertamente al gobierno de Ulbricht que los pastores de Alemania Occidental al suyo.

La presión marxista puede ser reducida en cierta medida aceptando tranquilamente algunas de las limitaciones impuestas por un estado hostil. Como dijo uno de nuestros anfitriones:

Una de nuestras tareas es vivir lado a lado con los comunistas, sin temor, puesto que confiamos en Dios. Tómese la cuestión de las vocaciones. Los cristianos no tienen por qué tratar de llegar a la cumbre — lo que sólo pueden hacer mostrándose sumisos al estado. Porque Dios va con ellos donde quiera que vayan, pueden servirle en cualquier nivel que puedan alcanzar sin renunciar a su fe. Si nuestros estudiantes no pueden ser médicos, pueden tratar de ser técnicos de laboratorio; si esta oportunidad se les niega, pueden ser enfermeros; y si también se les niega esto, pueden ser ordenanzas y mucamos en los hospitales.

El zarandeo que se está produciendo entre los cristianos de Alemania Oriental está constantemente separando el trigo de la paja. De modo que si bien la iglesia del sector Este puede ser ahora menor en número de miembros que la de Alemania Occidental, puede ser que en los alfolíes del Señor su rendimiento sea mayor. "Hoy un alemán del Este se proclama cristiano, no por prestigio o privilegio, sino porque ama a Jesucristo." Al parecer hay un esfuerzo concentrado para hacer que la iglesia sea la iglesia, en el sentido más rico de la palabra — un retorno a las bases por medio de un estudio bíblico intensivo y por la reformulación de las buenas nuevas de Cristo en el vestido contemporáneo.

III

Junto con esta reformulación va una reconsideración de la relación entre la iglesia y el estado. Dijo un pastor: "Hemos llegado a creer que la antigua alianza entre el estado y la iglesia no era tan buena como el camino por el que ahora nos está guiando Dios. Tal vez detrás del esfuerzo de los comunistas para reformar nuestras vidas, esté él, renovándonos, purificándonos, preparándonos para serle mejores testigos." Otro declaró: "El decreto prohibiendo el sostén de las iglesias por el estado es obra de Dios, y el secretario del partido que lo promulgó merecería un doctorado honoris causa en teología!"

El retiro del sostén del estado ha llevado al desarrollo entre las iglesias de un sentido de mayordomía, aunque en el idioma alemán no se encuentra un equivalente de este término protestante. El sostén del estado en la forma de un impuesto especial —todavía subsistente en Alemania occidental— se ha reducido de los anteriores millones al equivalente de unos 250.000 dólares en ayuda para la obra de caridad de la Misión Interior. Además, han desaparecido otras entradas, como la renta de propiedades de la iglesia, por ejemplo. Por primera vez en su historia, las iglesias de Alemania Oriental deben descansar solamente en donaciones voluntarias. Ahora levantan unos 18 millones de dólares en promesas anuales, suma suplementada por las ofrendas levantadas durante los cultos, a menudo seguidas por otra ofrenda que se toma en la puerta, para benevolencias. Y pueden hacer, dos veces al año, apelaciones públicas para sus fondos.

Con el dinero así recibido, las iglesias están haciendo un esfuerzo serio para continuar su obra misionera, sabiendo que sin ella perecerán. En hospitales y hogares para ancianos, huérfanos, retardados y delincuentes las iglesias están atendiendo a millares de personas. Y gran parte de los cinco millones de dólares recogidos en una campaña de "Pan para el Mundo", han sido invertidos en alimentos, frazadas, medicinas e instrumental médico para ser distribuidos por la Cruz Roja en todo el mundo.

Las iglesias de Alemania del Este son estimuladas y alentadas por las contribuciones en efectivo —que ascienden a alrededor de un millón de dólares al año— que sus hermanos de Alemania occidental se arreglan para hacerles llegar por medios individuales. Asimismo son estimuladas por las visitas de cristianos alemanes del oeste que cruzan a Berlín Oriental para llevarles mensajes de estímulo e interés.

A medida que la iglesia hace frente a la presión marxista, ésta va frecuentemente en aumento. Cuando se acerca al punto de ebullición, el gobierno sutilmente afloja. No quiere una confrontación dramática con una iglesia despertada; comprende que el martirio sólo serviría para vigorizar la vida de la iglesia y desmentir la creencia marxista de que aquella ha de desaparecer, como una superestructura del sistema burgués, con la muerte del sistema. Un pastor sugirió que

hay ocasiones en que los americanos debieran tener lástima, no de la iglesia, sino del gobierno de Alemania Oriental, tan a menudo perplejo por el vigor de una organización que a la fecha debiera estar lista para ser enterrada. He aquí un llamamiento típico:

No dramaticéis nuestra situación. No os pongáis sentimentales por lo de la muralla. Sobre todo, no cometáis el fatal error de tenernos piedad. Nosotros tenemos responsabilidades específicas colocadas por Dios sobre nosotros en circunstancias difíciles, y debemos emplear nuestras energías en hacerles frente. Podemos confiar en que Dios suplirá las deficiencias honradas.

En consecuencia, muchos pastores tratan de hallar áreas en las que puedan cooperar con las autoridades para el bien común. Dice uno de ellos:

Berlín oriental no es más marxista que Berlín occidental cristiano. A lo sumo, el doce por ciento de nuestro pueblo votaría en una elección libre por mantener el estado marxista. Estamos ocupados por una potencia extranjera y sujetos a una ideología extranjera. Y si hemos de servir a nuestro pueblo debemos negociar con el estado lo mejor que podamos, para el bienestar de las personas. Esto significa que en los asuntos cotidianos trabajamos en buenos términos con las autoridades, cuando ello es posible, sabiendo que estamos padeciendo un largo sitio. **Preferimos guardar el heroísmo para ocasiones realmente importantes.**

Esta actitud es difícil de entender para algunos alemanes occidentales. No habiendo vivido nunca bajo presiones marxistas, tienden a criticar a sus hermanos orientales por no mantener una actitud de oposición irreductible al comunismo en todos los puntos. Pero los alemanes del Este ven tal actitud heroica como un enfrentamiento irrealista con el desafío marxista:

La construcción de la muralla dramatiza, desde luego, la necesidad de que la iglesia sea un testigo viviente de Jesucristo en todas las formas posibles. Pero puede que tengamos que vivir detrás de la cortina de hierro durante generaciones —el único país satélite con una poderosa iglesia protestante, 4.2 millones en Berlín -Brandenburgo solamente. Nunca volveremos a ser la gran iglesia que éramos antes de la guerra, y es ocioso soñar con ello. Ahora nos vemos confrontados por una situación totalmente diferente, y debemos trabajar con el gobierno hasta el límite de nuestra capacidad —es decir, hasta el punto en que estemos en peligro de comprometer nuestra fe. Y hay mucho que podemos hacer antes de llegar a ese punto.

A la hora de vísperas fuimos con nuestro anfitrión a su iglesia, donde un candidato a la ordenación estaba dirigiendo un servicio para demostrar su habilidad para predicar un sermón y dirigir la liturgia. Después de la larga cadena de obstáculos que debió haber superado para llegar a ese momento, ha de haber sido desalentador para él encontrarse frente a unas veinte personas, entre ellas su propia gozosa familia.

Es cierto que seis universidades de Alemania Oriental mantienen facultades de teología en las cuales están inscriptos unos 600 estudiantes, cada uno de los cuales recibe del gobierno la beca normal de veinticinco dólares mensuales. Pero es un tributo a la firmeza de un joven el que persista hasta la ordenación. No ingresan anualmente tantos estudiantes de teología como se

necesitan para reemplazar a los pastores que se retiran o mueren. Hoy hay en Alemania oriental 5.200 ministros protestantes, pero hay mil parroquias sin pastor. Y como el tamaño de las parroquias ha sido aumentado hasta abarcar unas 30.000 personas cada una, sobre cada ministro pesa una carga casi insostenible. Se anticipa que dentro de diez años el número de pulpitos vacantes ascenderá a dos mil, una seria preocupación para la Iglesia Evangélica en Alemania.

Sin embargo, esa iglesia no rehuye la gigantesca tarea de evangelizar a los marxistas por el poder del ejemplo cristiano. He aquí una divina comisión que debe ser obedecida. Como nos dijo otro pastor más tarde esa semana: "Alemania Oriental es el único punto detrás de la cortina de hierro donde una iglesia vigorosa se opone al marxismo. A nuestras iglesias les ha sido concedida una magnífica oportunidad para testificar el evangelio de reconciliación en un mundo hostil.

IV

Después de cenar con el pastor y su familia y de escuchar la transmisión de noticias por la radio de Berlín Occidental ("Todo el mundo lo hace, inclusive los comunistas, pero nadie habla de ello porque está prohibido"), tomamos el ómnibus de vuelta a la estación de Friedrich-strasse. Al despedirse de nosotros afuera del centro de control, nos dijo: "No se preocupen por mí. Esta es mi parroquia y la amo. No quiero huir a Alemania occidental. Alguien debe predicar la Palabra en Alemania oriental, alguien debe mostrarles a los marxistas cómo vive un cristiano cuando se lo somete a presión. ¡La muralla no detiene al Espíritu Santo!" Y mientras viajábamos hacia la "seguridad" de Berlín occidental vinieron a mi mente las palabras de otro pastor de Alemania oriental: "Es bueno para nosotros que tengamos que afirmarnos sobre los dos pies por Jesucristo, mostrando que podemos ser cristianos cuando nos cuesta algo."